

V

ARQUITECTURA AMERICANA

La iglesia de la Compañía de Jesús en Quito

CUANDO San Francisco de Borja, a petición del rey Felipe II, envió a tierras sudamericanas a los primeros jesuitas, había empezado a correr la segunda mitad del siglo XVI; pero cuando llegaron a Quito, ya este siglo tocaba a su ocaso; pues sólo en 1586 vinieron dos sacerdotes y un lego con el célebre padre Baltasar de Piñas, tan distinguido por el mismo San Ignacio de Loyola, a fundar el convento cuya casa comenzaron a edificar, a mediados de 1595, en el sitio en donde ahora se levanta, ocupado por ellos el 1 de enero de 1589.

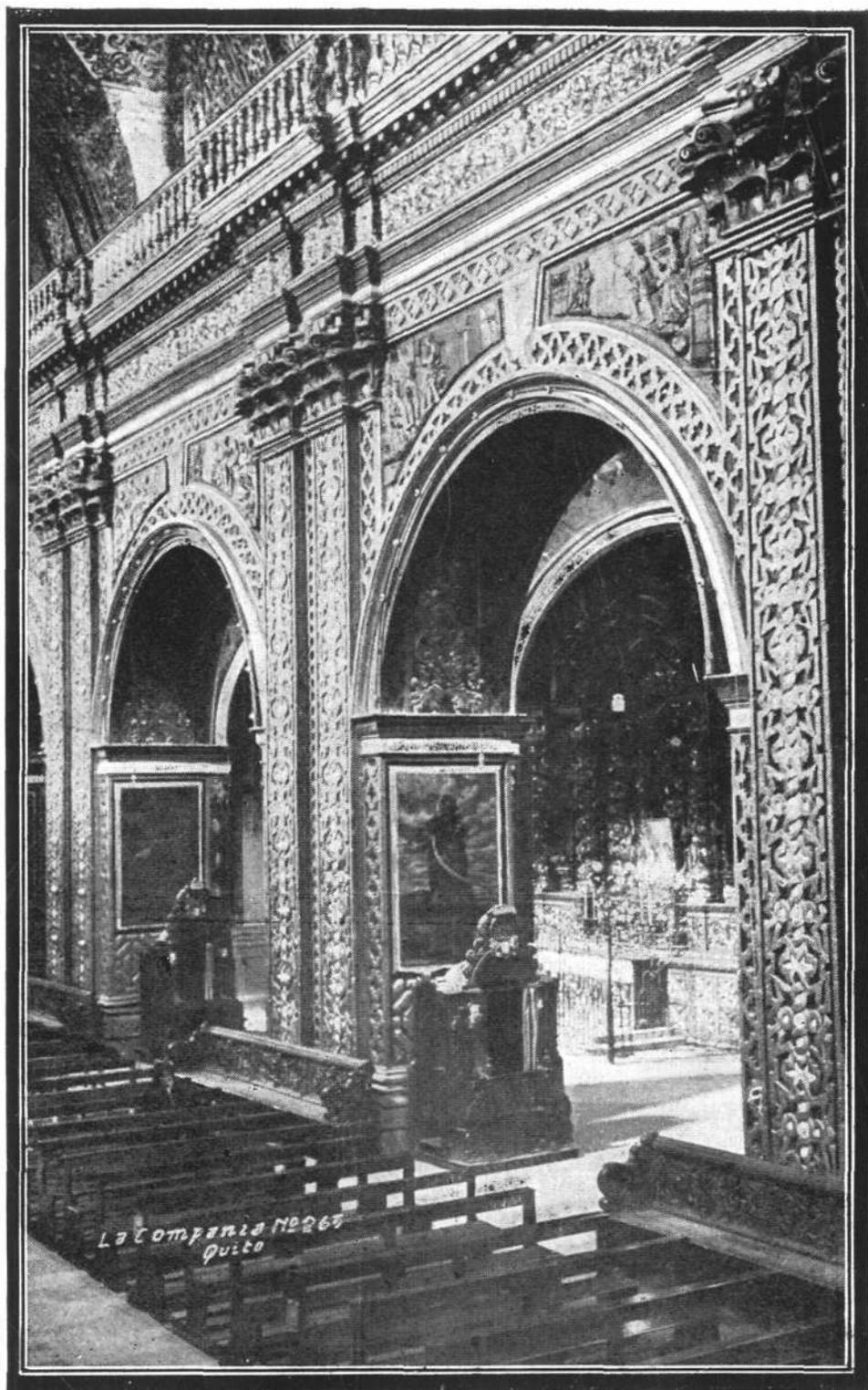
No nos ha sido dado hasta ahora conocer la fecha precisa en que los jesuitas iniciaron la obra de la iglesia, pero es de suponer lo fuera a principios del siglo XVII, para que el pintor quiteño Gorivar, muerto por los años de 1671 ó 1672, hubiese alcanzado a pintar los magníficos lienzos de los Profetas, que, adheridos a las pilastras de los arcos formeros, constituyen parte integrante de la decoración interna del templo.

Su plano está calcado en la iglesia del "Gesú" de Roma: el primer modelo dado por Vignola y Giaccono della Porta, de las grandes iglesias barrocas, y adoptado por los jesuitas hasta llegar a constituir un estilo propio de ellos, y su ejecución se debe a dos arquitectos: quiteño el uno, el hermano Marcos Guerra, que en 1662 fué nombrado arquitecto oficial de la ciudad por el Ca-



La maravillosa fachada de la iglesia jesuítica de Quito.

Foto Laso



Los tímpanos de los arcos formeros se hallan historiados con pasajes de la vida de Sansón y de José, el bíblico...

Foto Noroña



...cuyas pilastras, sobre las que se apoyan también los arcos de las naves laterales, llevan preciosos mascarones, óvalos y lacerías...

Foto Noroña



El púlpito es una joya que completa la magnificencia de este templo.

Foto Moscoso



Es curioso que Goríbar recuerde en ellos, más que a los pintores españoles que debieron ser sus maestros, a los italianos y muy especialmente a Tintoreto.

Foto Mera



Cabeza del Profeta Malaquías, por Goríbar, insigne pintor quiteño del siglo XVII.

Foto Mera

bildo de Quito, e italiano el otro, el hermano Venancio Gandolfi, mantuano de origen, quien, desde 1760, dirigió y llevó a cabo la elevación de la imafrente, comenzada en 1722 por el padre Leonardo Deubler, con el trabajo de las columnas báquicas, y concluída en 1766, precisamente un año antes de que salieran los jesuitas de Quito, por el decreto de expulsión de los dominios de España, dictado por el rey Carlos III. También otro quiteño, un padre Sánchez, habría sido director general de los trabajos, sin duda durante la primera época de la construcción de la imafrente.

El templo tiene 58,50 m. de largo por 26,52 m. de ancho; la altura de la bóveda de la nave central es de 16 m. y el diámetro mayor de la cúpula del crucero, 10,6 m. Tiene tres naves: alta y esbelta la principal, con la que se forma una cruz latina; bajas las laterales, en las que se hallan seis capillas con altares de preciosos retablos, cubiertas con cupulines y alumbradas de pequeñas linternas caladas, por las que cuela débil y misteriosa luz. A diferencia de su modelo, lleva dos domos: el uno, rebajado, corresponde a la cúpula del crucero, y abombado el otro, que apoyándose sobre el ábside, corona el presbiterio. La impresión que produce el edificio es de lujo, riqueza y magnificencia, reunidos allí para hacer de esa iglesia un teatro de culto pomposo.

El presbiterio, de 12,50 m. de largo por nueve de ancho, es magnífico, y no se sabe qué admirar más en él: si el altar, cuyo retablo de tres cuerpos se halla sostenido por ocho pares de columnas báquicas, que recuerdan a las de la imafrente, o el conjunto de las puertas de acceso al presbiterio que, con sus sobrepuertas y columnas, es muestra viva de la riqueza escultórica ornamental del templo.

Los retablos de los dos altares del crucero son tan magníficos como el del altar mayor. Consagrados a San Ignacio de Loyola y a San Francisco Javier, son obras primorosas del barroco andaluz, hijo de Churriguera y transportado a Sevilla por Rodríguez. El nicho de estos retablos, sus columnas, sus bases y entablamento, y el estilobato mismo con sus cartelas del más rico estilo renacimiento, los frisos y cornisas, los intercolumnios y entre-paños: todo, todo es un primor de arquitectura y orfebrería, en

que las guirnaldas de flores y frutos, las fajas y espirales, los cables y filetes perlados y los ornatos en forma de concha marina, se unen maravillosamente con las flores de lis florenzadas o abultadas que corren esculpidas con floreos y serpeantes de variedades diversas, con roleos y follajes, formando un conjunto armónico de singular belleza.

La cúpula central, que corona el crucero, es magnífica en sus proporciones y ornamentación. Arranca de los cuatro arcos torales, apoyándose sobre un tambor que descansa en cuatro pechinas, adornada con florones y frondas que circunscriben unos medallones elípticos, dentro de los cuales se ha representado en medio relieve la imagen policromada de los cuatro evangelistas. Encima del tambor corre una balaustrada de madera y doce amplios ventanales dejan admirar la decoración de la cúpula, en donde se destacan las figuras pintadas de doce enormes ángeles y los retratos de nueve Cardenales de la Compañía de Jesús anteriores a la obra y tres de sus primeros Arzobispos, en medio de rica y adecuada decoración escultórica. Remata este conjunto una hermosa linterna de doce luces.

Las seis capillas laterales tienen también hermosísimos retablos platerescos de madera dorada, en los cuales el estilo jesuítico ha hecho mil combinaciones de líneas y grutescos con elementos de inspiración morisca u oriental, alrededor de preciosos nichos y hornacinas, que ostentan primorosas muestras de la escultura quiteña. Sobre este fondo se destacan las columnas retorcidas del rito báquico, siempre corolíticas, cubiertas de hojas, frutos y hasta de aves, formando el todo un conjunto único de originalidad y riqueza, que se completa con la variada decoración en estuco de los cupulines y las cuatro pechinas de los ángulos, adornadas con cartelas agallonadas de la época del Renacimiento.

Las bóvedas que cubren las naves altas de la iglesia son obra sin par de decoración. Francamente orientales, sus labores son una variante original y feliz de las lacerías persas y árabes, y entre las nervaturas formadas en las dovelas que describen los grandes arcos fajones que refuerzan la bóveda central, sus ajaracas y almocárabes están inspirados en la escritura morisca, y

no en la arábigo-española, sino en la cúfica de la antigüedad clásica de los mahometanos; pudiendo decirse que esos trazos decorativos recuerdan las poesías, aleyas y suras del Corán, impresos en las mezquitas musulmanas, o los elogios de la magnificencia de los sultanes en los palacios de la Alhambra. Aún en los derrames, en donde se han abierto las ventanas que iluminan la nave, la decoración, a pesar de sus filetes perlados y sus follajes del Renacimiento, pudiera muy bien considerarse como una variante del ataurique árabe. Descansan las bóvedas sobre un entablamento verdaderamente magnífico, cuyo friso corrido son frondas, y salientes y guirnaldas, sostenidas o llevadas por pequeños angelitos. Bajo el arquitrabe corre una greca, que se repite en los archivoltas de los arcos y a lo largo de los extremos de las pilastras, decoradas con características lacerías, típicos e ingeniosos trenzados moriscos, variaciones de losanges y meandros que contrastan agradablemente con las macollas y caulículos, acantos y volutas de sus capiteles y la decoración renacentista del intradós de los arcos, cuyas pilastras, sobre las que se apoyan también los arcos de las naves laterales, llevan preciosos mascarones, óvalos y lacerías, cartelas y otras tracerías relevadas, llenas de encanto y originalidad. Los tímpanos de los arcos formeros se hallan historiados con pasajes de la vida de Sansón y de José vendido por sus hermanos, ejecutados en medio relieve y pintados a todo color, y el intradós de cada uno de los arcos laterales que flanquean las dos capillas del crucero, con cabezas de santos jesuitas, repartidas y colocadas en adecuada decoración.

El púlpito es una joya que completa la magnificencia de este templo. Se levanta la cátedra sobre un fuste adornado de querubines y cubierto en su base de grandes y elegantes volutas; unos tantos embutidos salen del fuste hacia adelante, siguiendo la línea de la superficie convexa del primer cuerpo, para soportar el segundo, que lleva preciosas hornacinas, de frontón interrumpido y arco semicircular sobre columnas retorcidas, hornacinas separadas entre sí por cariátides de embutidos y que alojan estatuillas de diversos santos; el todo remata en elegante cornisa, que forma el pasamano de la cátedra. El torna-

voz con su juego de volutas y espirales, sus roleos y serpeantes y su peana de querubines, sobre la que se destaca la estatua de San Pablo, se halla unido a la cátedra por un nicho flanqueado de columnas báquicas y cariátides de embutidos, en donde se aloja una imagen de la Virgen de medio relieve, y deja caer a manera de encaje sus guardamalletas. La línea del tornavoz es elegante y fina por cualquier lado que se la contemple.

La mampara de la iglesia corresponde también al estilo y riqueza del edificio. Dominan en ellas las columnas báquicas y churriguerescas, colocadas sobre preciosas y adecuadas bases y un gran cornisón que soporta el jube del coro, bajo el cual se abre la antepuerta, tallada a paneles, y dorada como toda la mampara.

No hay que olvidar las dos magníficas tribunas fronteras de las naves laterales, verdadero primor por sus calados, proporciones, línea, dibujo y decoración.

Anotamos aquí que todas esas grecas y esas frondas, todos esos follajes, fajas y espirales, todos esos filetes y rollos, todas esas lacerías y almocárabes, tallos, ondas y palmetas, guirnaldas y más labores, que forman verdadero encaje, realizado con ligeras y oportunas coloraciones blancas y rojas, en toda la superficie interior de la iglesia jesuítica de Quito, y que constituyen indiscutibles maravillas de decoración arquitectónica, son ejecutadas en estuco. Las ajaracas de la bóveda central son tan hermosas como los más ricos alfarjes de los monumentos árabes españoles.

Las pilastras llevan como parte integrante de su decoración una de las joyas de la pintura quiteña: los diez y seis profetas pintados por Gorivar, cuadros dignos de figurar junto a las mejores obras de los artistas italianos del Renacimiento. Es curioso que Gorivar recuerde en ellos, más que a los pintores españoles, que debieron ser sus maestros, a los italianos, y muy especialmente a Tintoretto. Además de estos cuadros, que fueron hechos especialmente para decorar, adosados al muro, las pilastras del templo, hay algunos otros del mismo autor, tan excelentes como los primeros, y una Muerte de San José, que no sin razón se atribuye a Rafael.

Entre las esculturas que posee la iglesia es notable el Calvario del padre Carlos, quiteño, que dejó obras muy interesantes en los templos ecuatorianos. Esa escultura se halla en el nicho de uno de los altares laterales.

La iglesia poseía muchas otras obras de pintura y escultura, de las que fué despojada cuando la expulsión de los jesuítas. Las autoridades españolas que de ellas se incautaron se contentaron con sólo dejar una lista de ellas y un dibujo de la famosa custodia de plata, oro, diamantes y esmeraldas, que enviada a Carlos III y entonces fué valuada en 870.000 dólares, fué destinada a la Capilla Real de Palacio.

La imafrente de esta iglesia completa sus maravillas. Es toda íntegra de piedra de los Andes ecuatorianos. Flanquean a la puerta principal de entrada seis hermosas columnas báquicas de cinco metros de altura, y a las puertas laterales dos pilastras de estilo romano corintio; todas ellas sobre un estilobato a paneles de decoración renacentista. Sobre el arquitrabe corre un friso decorado con florones, estrellas y riquísimo follaje, y sobre el friso, la cornisa que, adornada con hojas de acanto, no sólo sigue dócil los resaltos de la fachada, sino, plegándose al capricho del arquitecto, se estira en arco semicircular para proteger el nicho formado sobre un frontón interrumpido, que corona la puerta principal y da cabida a una imagen de María Inmaculada rodeada de ángeles y querubines.

Domina este primer cuerpo el segundo, compuesto de enorme ventana central adornada de un frontón entrecortado para recibir una gran cartela de conchas y de frondas con la dedicación del templo a San Ignacio: DIVO PARENTI IGNATIO SACRUM. Flanquean a esta ventana primorosas y riquísimas pilastras decoradas y compuestas a la manera como componían y decoraban los muebles y objetos preciosos los orfebres y ebanistas franceses del siglo XVIII; corre sobre ellas un entablamento que recuerda el del primer cuerpo y remata el conjunto en un tímpano semicircular entrecortado para encajar un gran modillón en el centro, sobre el cual se destaca la cruz jesuítica de bronce sobre característico espigón de la crestería.

Defiende a la imafrente una techumbre forrada de azulejos verdes de medio mogote.

Cuatro estatuas de gran tamaño adornan el frente de esta fachada: en el cuerpo inferior, San Ignacio de Loyola y San Francisco Xavier, y en el superior, San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kostka. En las paredes del flanco, junto a la ventana, se hallan las de San Francisco de Borja y San Juan Francisco Regis, y junto a la puerta principal los bustos de San Pedro y San Pablo. Todas ellas se encuentran en preciosas hornacinas, decoradas en su interior y sus contornos con sin igual delicadeza. Doce ángeles y algunas cabezas de querubines adornan esta obra primorosa de la arquitectura colonial americana, acerca de la cual dijo Sartorio: "Monumentos completos como el de la iglesia de la Compañía de Jesús en Quito, son raros aun en el viejo continente."

No hay duda que este templo es verdadero relicario de bellezas, tan sólidamente ligadas como si hubiesen brotado en un solo momento, para hacer de él una de las maravillas del arte arquitectónico.

JOSÉ GABRIEL NAVARRO.